AÑO I - NUM. 25 20 CENTIMOS MARTES, 5 NOVIEMBRE 1935

LA LINTERNA

En Málaga ha muerto loca la madre de esta niña. Y su hermana ha denunciado al marido.

(Vea la información de las páginas centrales.) (Foto Molina.)

SEMANARIO DE REPORTAJE
DIRECTOR
MÁXIMO RAMOS
REDACTOR JEFE
EDUARDO DE ONTAÑON
REDACCION Y ADMINISTRACION
JACOMETREZO 1 y 3
TELEFONO 27629
MADRID

UN CONTRABANDISTA DE MELILLA MATA A SU MUJER CON UNA PLANCHA

LOS MINEROS DEL MONTE UIXAN

—Me gusta a mi esa mujer—dijo a sus amigos el minero Juan García Montoya, al tiempo que dirigía sus miradas a una mocita sentada a la puerta de una casa modesta, blanca, alegre, como son todas las casas de los mineros del monte Uixan, en las proximidades de Melilla.

—Pero si es la hija del capataz...

—Y eso ¿qué importa para que me guste?...

—Adiós, muchachos—saludó el capataz—. ¿Dónde va la juventud? Anda, Ana, dalos un vaso de vino de mi parte; son buenos chicos.

Y cuando los mineros marcharon, Ana Gálvez preguntó a su padre:

—¿Quién es ese chico moreno, que habla tan poquito?

—Un buen muchacho, honrado y trabajador. Vino de Almería hace poco tiempo, y es un gran minero. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Pues... por nada... Es que me ha sido muy simpático.

Y desde aquel día, antes de ir a la mina, Juan García Montoya daba un rodeo al pueblo para pasar frente a la casa del capataz, al tiempo que Ana, "casualmente" salía a despedir a su padre.

Fueron novios, y siete meses después de aquel domingo venturoso, Juan, con traje nuevo y zapatos de charol, ofreció el brazo a su novia—vestida de seda negra y velo blanco—para llevarla a la capilla situada en la cima del monte, de donde salieron marido y mujer.

—Es la primera boda de mineros que se celebra en la capilla del monte Uuixan—decía orgulloso el señor Gálvez, capataz de la mina.

LA MISERIA CONVIRTIO AL MINERO EN CONTRABANDISTA

Y en la casita blanca del pueblo minero nacieron tres hijos del matrimonio, que era el colmo de la felicidad de los padres y la alegría de los abuelos.

—Hasta que un día—nos cuenta acongojado el propio Juan García, preso, atribulado por su crimen—la fatalidad se cebó en nosotros. Sobraba personal en la mina y nos tocó salir a toda la familia. Mi suegro dejaba allí diez y seis años de su vida; yo no llevaba más que ocho. Pero fué igual. Nos despidieron. Con mi esposa llegué a Melilla, y fuimos a vivir en esa barriada que surgió sobre las ruinas de la explosión de un polvorín: Cabrerizas. Con nuestros ahorros pudimos construir una casita donde refugiar nuestra felicidad, que perduraba, a pesar de todo. Escaseaba la comida. Ha habido días que lo hemos pasado con un vaso de café. Pero nunca vi una mala cara en casa, ni una lágrima en los ojos de mis niños. Fuí vendedor de plátanos y de lejía, perrillero, lo que salía; pero el jornal era tan escaso que, después de trabajar todo el día, sólo podía llevar a casa unos céntimos... Y me hice contrabandista... Yo necesitaba que los míos comieran... Tuve clientela, y mi casa volvió a tiempos de bonanza. Una mala noche me cogieron, y fuí a la cárcel, donde me las ingenié para ganar unos reales fregando la nave. Con esto y la venta de una de las dos pastillas de tabaco que mi mujer me llevaba para que yo fumase, podía entregar a Ana, a pesar de mi prisión, unas pesetas para que comieran ella y los niños.

"Aún resuena en mis oídos el llanto de mis hijos: "Papá ha matado a mamá." — nos dijo Juan. →

En la casa donde se produjo el crimen los vecinos comentan el triste fin de Ana Gálvez. ←

"NO TENIA DONDE COBIJARSE Y LE OFRECI MI CASA"

Un asunto afortunado proporcionó a Juan las pesetas suficientes para poner un puesto de chucherías en la playa melillense... A su lado, con otro puesto parecido, se ganaba la vida Angel Calderón, también contrabandista, y conocido de Juan en la época de su encierro.

Juan García Montoya, cegado por los celos, dudó de su mujer y la mató con una plancha.
(Fotos Zarco.)

—¿Dónde vives?—preguntó Juan.

—En ninguna parte. Apenas si saco para comer... Duermo en cualquier puerta de donde no me echen a puntapiés.

—Pues vente a casa... Donde comen cinco, comen seis.

Y Angel Calderón, desde aquella noche, durmió en casa de su amigo.

—El—dice Juan—no tenía ni techo donde cobijarse, y yo le ofrecí el mío. ¡Qué mal me lo pagó! Por él maté a mi mujer...

Rompe en sollozos.

—¿Cómo pude hacer eso? Yo la quería más que a mi vida y, sin embargo, le rompí la cabeza con una plancha. Aún me resuena en los oídos el llanto de mis hijas: "Papá ha matado a mamá."

Procuro distraerle, y él reanuda su relato:

—Fué una noche. Tras una dura jornada en busca de trabajo, regresé a casa deshecho, tronchado. Allí estaba Angel, sentado al lado de mi esposa. Después de cenar, mientras leía el periódico buscando el anuncio de alguna ocupación, sentí algo inexplicable, que me hizo alzar la cabeza. Y entonces me di cuenta de algo horrible: los ojos de ellos se miraban con simpatía... Pude contenerme... ¡Bah! Tonterías mías...

—¿Y no lo eran?

—Mi mujer no se portaba como antes conmigo. Angel permanecía en casa todo el tiempo que yo estaba fuera. Y una noche, Ana y yo tuvimos unas palabras. Le pegué... y ni aun entonces me atreví a dudar de la lealtad del amigo. En secreto, le pedí a mi mujer que, cuando él estuviera delante, me hablase de lo mal que iban nuestros asuntos. Así tendríamos un motivo para obligarle a que se fuera... Y en vez de obedecerme, cuando llegó el otro empezó a reírse diciendo:

"—Oye, Angel, éste tiene celos de ti."

"SE REIA DE MI... Y LA MATE"

—¿Se separaron ustedes?

—Yo me fuí a casa de los padres de Ana, pensando que el tiempo borraría aquello. No me hacía caso cuando la hablaba. Varias veces la vi con él. Angel llevaba de la mano a una de mis niñas. Me acerqué a ellos y, sin dejarme hablar, fuí detenido por la Policía. Ana me acusaba de haber intentado matarla con una navaja.

—¿Era verdad?

—Falso, señor. Yo nunca he usado herramientas de esa clase. Ya era demasiado, y decidí divorciarme. Ya íbamos a nombrar abogado, cuando encontré trabajo. Y el domingo veinte fuí a casa a mudarme de ropa para ir al trabajo el lunes. Contento, feliz, pensaba yo: "¡Si ella me dijese algo, la perdonaría! Volveríamos a ser felices como antes." La hablé yo. Y a mis palabras contestaba con risas de lástima o insultos.

"—Ana—le dije—: Mañana empiezo a trabajar. Te mandaré dinero para tí y para los niños.

"—Aquí—me contestó—no tienes tú que mandar nada. No necesitamos nada tuyo.

"—¿Cómo vais a vivir?

"—No me faltará dinero.

"—¿Y quién te lo va a dar?

"—Eso no te importa. Márchate..."

Cogí una plancha que tenía cerca de la mano y la amenacé:

"—Si me repites eso te mato...

"—¡Bah! Ni eres hombre ni tienes valor para eso..."

La acerté con la plancha en mitad de la cabeza. Estaba loco de rabia, de celos... Su desprecio me hizo criminal... Cogí otra plancha y, ya en el suelo, seguí golpeando sobre la cabeza de mi mujer...

"—¡Has matado a mamá!"—me decía llorando mi hija.

Huí... Inconscientemente llegué hasta el cuartel de la batería J.

"—Sargento: Vengo a que me detenga usted, porque acabo de matar a mi mujer."

Y todavía no me explico cómo pude hacer aquello, queriéndola como la quería.

JOSÉ MARTIN PEÑA

EL AS DE LOS PALANQUISTAS ACABA DE SER APRESADO EN BARCELONA

En una calle sombría de Barcelona, justamente en esta casa, tenía la banda del "Bizco" establecido su almacén y su taller de fundición.

Antonio Sánchez, "el Moro", era otro de los jefes de la banda de palanquistas. (Fotos Gonsanhi.)

Tomás Sewa Figuet, apodado el "Lewis Stone", el segundo de la banda del "Maño Bizco".

De este crisol de bronce, de 350 gramos de cabida, se sirvió la banda para fundir los objetos que robaban.

Así como hay campeonatos de esto y de lo otro, "records" de velocidad y de marcha lenta con que se señalan pruebas deportivas, la multitud de gentes que andan a mal con Dios y viven en su medio natural al margen de la ley, se clasifican entre ellos mismos campeones en la sustracción de carteras, en el robo con escalo, en el atraco, en la estafa, en las mil y una formas del timo. Pues bien; los palanquistas contaban con un campeón, un "as" que no había sido batido nunca por ningún competidor. Su nombre lo pronuncian los que se dedican a afanar lo que pueden en casa del prójimo con verdadero miedo y hasta con respeto.

Cuando se reúnen unos cuantos hampones para hablar de las condiciones especiales en que cada uno practica su complicado "trabajo", al referirse a los palanquistas exclaman invariablemente:

—Sólo hay un "as" de la palanqueta: el "Maño Bizco", Vicente Masip. Nadie es capaz de manejarla como él.

Y no exageran. El "Maño Bizco" no ha sido superado en delitos contra la propiedad. Domina el arte con sapiencia inigualable. Y dentro de un piso, después de forzar la puerta en menos tiempo del que se emplea para contarlo, escoge concienzudamente los objetos por los que puede obtener, sin compromisos inmediatos, la más alto cotización.

Pero, además, el "Maño Bizco" se ha hecho una cultura jurídica que ya quisieran para sí muchos abogados. Sus conocimientos no los aprendió, precisamente, en la Universidad. Las lecciones, bien aprovechadas, las recibió en la cárcel, en contacto con delincuentes de todo género de delitos. Yo les aseguro a ustedes que al oírlo expresarse con la facilidad que lo hace, no puede ocultar mi admiración. ¡Menudo letrado está hecho! En un momento, desarrolló una teoría intachable sobre el delito consumado, el frustrado y la tentativa, especificando minuciosamente las circunstancias que califican cada uno de los tres casos.

—Con su enorme "talento", ¡qué lástima que dedique sus magníficas actividades a negocios tan peligrosos!—le dije, sin poder contener mi emoción.

—¡Velay!—repuso con un gesto que, reconozcámoslo, no era el más apropiado, ni tenía nada de jurídico—. Este ojo, que no mira derecho a ninguna parte, me ha fastidiado. ¡Maldita sea!

—¿Dónde viniste al Mundo, "Bizco"?

parte, me ha fastidiado. ¡Maldita sea!

—Tarde te acuerdas de protestar, porque ahora, sin remisión, tendrán que dar cuenta al juez de unos cuantos robos...

—¡Maldita sea!

El "Maño Bizco" cursó el Bachillerato, y hubiese hecho una carrera en cualquier Facultad, si su padre no se hubiese arruinado en una jugada de Bolsa. Resulta que el "Maño Bizco" proviene de una familia honorable, que disfrutó durante muchos años excelente posición económica. El "Maño Bizco" no supo, ni tampoco quiso, afrontar la miseria y vencerla. Se lanzó desaforadamente al pillaje, obteniendo beneficios sorprendentes.

—¿En cuántos Bancos llegaste a tener cuenta corriente?—le interrogaron los agentes de Policía.

—De España, en cinco, y en tres Bancos de París.

—¿Qué dinero guardabas en ellos?

—Llegué a poseer un millón de pesetas y doscientos treinta y seis mil francos. ¡Maldita sea!

—¿Todo se lo llevó el diablo?

—Las mujeres me desvalijaban, ¡grandísimas puercas! Una noche, a la ruleta, me "estafaron" en Montecarlo sesenta mil duros. ¡Maldita sea!

La cuadrilla que el "Maño Bizco" dirigía, sentía una admiración tan profunda por su capitán, que se dejaría matar por él. Porque el "Maño Bizco", que tiene la fuerza de un toro, trataba a los miembros de su banda con la mayor consideración, y siempre se hallaba presto para proteger al débil. El dinero no lo dilapidaba en francachelas exclusivamente. Destinaba una parte importante para abonar las costas a los compañeros procesados, a los que con frecuencia ponía en libertad bajo fianza.

—¿Qué es lo que principalmente afanabas, "Bizco"?

—Alhajas y efectos de plata. Las ropas se distribuían entre los compañeros y, si no eran precisas porque todos iban trajeados como los señoritos, se empeñaban.

—¿No era mejor venderlas?

—La venta inspira desconfianza y pone a los "sabuesos" en el camino. ¡Maldita sea!

—Hasta ahora, sólo arrestos gubernativos sufriste. Sin embargo, de ésta nadie te salva de pasar una buena temporada en la "cangri".

—¡Maldita sea!

Las interjecciones con que el "Maño Bizco" adorna sus "¡Maldita sea!" no son publicables; pero la verdad es que no les da entonación dramática y corajuda. Como nunca se le ha podido probar la ejecución de robos que la Policía consideraba que nadie sino él podía haber cometido, todavía confía en la posible absolución.

—Buen trabajo nos diste. Hace quince días que teníamos montado servicio frente al bar de la calle Almogávares, donde, al fin, conseguimos echarte el guante. Pero antes estuvimos en tu taller, en el que encontramos ese crisol. ¿Qué tiempo necesitabas para fundir las alhajas de plata y oro de que te apoderabas?

—Media hora escasa. ¡Maldita sea!

—Habíais sembrado el terror en las masías catalanas, porque en Barcelona no "operabais", ¿verdad?

—Ninguno de mis hombres causó nunca un rasguño a ninguna persona.

—Claro, averiguabais primero si los habitantes de las masías estaban ausentes, y entonces "operabais" tranquilamente. El automóvil que empleabais para trasladaros de un pueblo a otro es nuevo.

—Nuevo lo compré. ¡Maldita sea!

—¿Dónde y a quién?

—Lo compré en Francia.

Los tres jefes de la banda de palanquistas, el "Maño Bizco", el "Moro" y el "Lewis Stone", proyectaban un audaz golpe, y si les salía bien, de lo que estaban firmemente convencidos, pensaban retirarse del "negocio", marchándose a descansar, a vivir burguésmente en la Costa Azul, donde actualmente trataban de adquirir un confortable "chalet".

L. DE M.

Vicente Masip, "el Maño Bizco", conceptuado entre los palanquistas como el "as".

La banda tenía este flamante automóvil para sus "golpes".

UN PUEBLO ZAMORANO MATA A PEDRADAS AL LADRÓN DE UNA OVEJA

"¡QUE NO QUEDEN NI CENIZAS!"

Sobre roca viva se abren pinas, casi verticales, estas calles de Villalcampo, adonde llegamos cuando quiere comenzar a amanecer un día triste, desapacible.

No hay signo de vitalidad en las callejas pedregosas. Filas de casuchas pardas, miserables, forman este conglomerado rural que a treinta kilómetros escasos de la vieja ciudad de Zamora se alza en los primeros peñascos de Sierra Culebra...

El primero con quien nos encontramos es el sacerdote, don Vicente García. En su pálido rostro se adivinan aún los terrores de las noches pasadas.

—Me horroriza como—inocente de mí—hube de enterarme de la tragedia. Todas las tardes rezo el rosario en la iglesia, acompañado de bastantes fieles, entre los que suele estar el mocerío. "Que acaben pronto los rezos—me mandaron a decir el domingo—; que la juventud ha de ir luego a los "títeres"." Aligeré el oficio religioso. En alegre algazara salieron mozas y mozos de la iglesia. Se iban a los "títeres", cuyo espectáculo, horrendo, repugnante, inhumano y salvaje, era el linchamiento del "Cholerón", cercado ya en su casa por otros grupos, que casi habían tabicado, a fuerza de pedradas, todas las salidas. Y no pude saber más... De los detalles de la tragedia me he enterado al llegar la fuerza pública. Ayer trataron de atropellar a los forenses y a la Justicia. Pretendían prohibir la autopsia de la víctima. Quisieron apoderarse de su cadáver, repartírselo en pedazos, quemarlo para que se perdiera todo vestigio...

"—¡Que no queden ni cenizas!"—iban voceando.

Y entre bayonetas tuvieron que realizar los médicos su labor.

MIEDO Y ODIO AL LADRON

En Villalcampo no había, desde hace muchos años, esa paz legendaria de las aldeas. Toda la juventud se iba forjando en las mismas quejas.

—Nos arruinará. Nos roba todo lo que puede.

—Ayer me faltaron dos ovejas. A este paso, a pedir limosna iremos.

—Tres cargas de leña llevóme al amanecer del soto.

—No hay quien pueda con él.

Y así por el invierno, y por el estío en las eras, con lo que la juventud, cada que veía la silueta alta y fornida de Manuel Lorenzo Coria, llevaba la mano a la faja, en busca del cuchillo. Pero ninguno se enfrentaba con él. Resbalaba la mano de la cintura, sin fuerzas para sacar el acero homicida. Manuel Lorenzo Coria tenía excelentes condiciones de trabajador. El jornal ganábalo cumplidamente. Pero le tiraba el delito. Su moral no se detenía ante cercado donde hubiera ovejas que llevarse ni huerta de qué sacar hortalizas, leña o forraje para el consumo de su casa. Fué procesado varias veces por hurtos. Una, por lesiones. Volvía de la cárcel de Alcañices pensando en la enmienda, prometiendo no volver a las andadas. Pero, apenas entraba por el lugar, surgía en él el espíritu pendenciero, agresivo y aquella manía extraña en un hombre que no era rico, pero tenía sus tierras y bestias para vivir honestamente. Su mujer, Isabel Lorenzo Antón, le predicaba y afeaba a todas horas su conducta.

—Hazlo tan siquiera por los hijos. Piensa que son cuatro. Que son chiquiticos, que morirán de hambre si faltárales tu sostén.

—No te falta palabrería, mujer. Pero tú cuídate de la lumbre, de la casa y de las bestias. Lo otro son cosas mías. Si quieren matarme, a traición ha de ser, que frente a frente no hay quién.

LA ULTIMA FECHORIA

... Y llegó el domingo. El día anterior, en un tabernucho del arrabal, confabuláronse más de veinte hombres para acabar con el "Cholerón". El pretexto fué una oveja hurtada, que la Justicia a estas horas no ha podido localizar.

—Todos estaremos al acecho. Prometieron unírsenos los del barrio alto, los del arrabal; hasta las mozas vendrán para acabar con el "lobo".

Y así se acordó.

Como a una señal, cuando el "Cholerón" salía, a las tres y media de la tarde, con ropa dominguera, desde una esquina, en lo alto de la calle, recibió sobre la camisa tres pelladas de fango. Miró amenazador hacia el lado de donde venía la afrenta. Vió a tres jaques con los cuchillos preparados en la diestra. No llevaba arma alguna. Profiriendo injurias retrocedió a su casa. Entró para armarse... Se corrieron los agresores hacia otros puntos estratégicos. Ya no eran tres. Iban más de veinte. La desventurada Isabel presintió la tragedia, discutió con su hombre, lloró, suplicó, forcejeó con él para que no saliera. El hombre, tembloroso de ira, armado con un largo estoque, saltó por encima de la mujer y de los hijos que gritaban. Apareció en la puerta. Unos brazos se enlazaron a su cintura. Era el hijo mayor, que volvía sin la leña que había ido a buscar. Unos mozos se la habían quemado al entrar en el pueblo.

—Déjame, que voy a hacer una sonada. Contra todos tengo ánimos. Verás cómo los hago correr como a perros sarnosos—rugió Manuel tratando de desasirse.

—¡No salga, padre!—exclamó aterrorizado Lorencillo—. Son muchos; la calle de las Barcas está llena de hombres y mujeres, que llevan estacas, cuchillos y piedras. Quieren matarlo antes de que se ponga el sol.

Como corroborando esta noticia, sobre el padre y el hijo cayó un vendaval de piedras. El hijo arrastró a Manuel. Atrancóse la puerta; sobre ella cayó una granizada de piedras. Los más audaces escalaban ya el tejado. El "Cholerón" sintió miedo por primera vez. Hizo que Isabel y los pequeños huyeran por la corraliza en busca de otro refugio. Lorenzo no quiso abandonar a su padre...

UN ASEDIO HORRIPILANTE

A fuerza de lanzar piedras enormes, saltó la puerta de la mísera vivienda hecha añicos. Destrozaron el tejado, buscando inútilmente la brecha para atacarle por la espalda. En la plazuela fueron engrosando los grupos. Al amparo de la noche, unas sombras entraron en la casa, armadas de retacos... Sonaron varias detonaciones. Se oyeron dos gritos de dolor, que despertaron una satánica alegría en aquellas turbas...

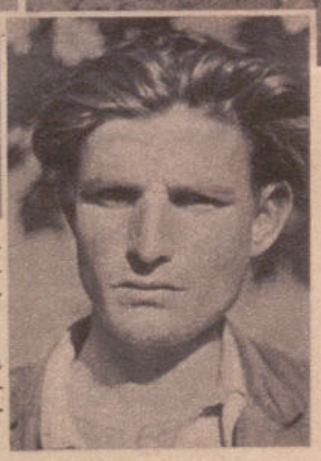
—¡Ya le han "dao"! ¡Ya le han "dao"!

Así era, en efecto. Manuel tenía destrozada la cara y el vientre por los tiros. Su hijo, la infeliz criatura, inocente de aquel bárbaro rencor, aullaba con las entrañas abiertas por una descarga, debajo de la cama, donde había buscado refugio. Los grupos, enloquecidos, organizaron el trágico asedio. No había resquicio por donde pudiera escapar. Frente a la puerta, a unos metros escasos, encendieron una gran hoquera. Cada vez que los heridos lanzaban ayes de dolor, los amotinados enronquecían. Mozas y mozos danzaban en derredor del fuego, dando a la plaza una visión de monstruos en celo.

Los tres hijos más pequeños del "Cholerón", que todavía miran asustados.

A la puerta de la casa, las gentes habían amontonado paja y ramas secas para prenderla fuego.

Los tres que capitanearon los grupos enloquecidos, y están detenidos en Alcañices.



Arriba, el chofer de la ambulancia, a quien amenazaron, habla con nuestro enviado especial.

—Así transcurrieron veinte horas. Al mediodía del lunes, el médico del lugar, que acababa de entrar en el pueblo, viajero de la capital, destacó a un propio a la central de los Saltos del Duero, que se alza a ocho kilómetros de Villalcampo, en solicitud de una ambulancia. Llegó hasta la casa del "Cholerón", cuyas esquinas estaban invadidas y guardadas por cientos de gentes rencorosas. Se apeó el conductor, Francisco González San Martín. Acudió, empavorecida, la infeliz Isabel. Entre una y otro los metieron en el interior de la ambulancia. Ocupó el conductor el "baquet".

Los grupos cercaron la ambulancia. Golpearon las portezuelas. El conductor fué sacado violentamente de su sitio, amenazado por palos y cuchillos.

—¡De aquí no saldrá más que en pedazos!

Manuel abrió la portezuela y buscó en la huida desesperada una hipotética liberación. Corrió por las calles, desangrándose, tropezando, cayéndose a cada paso. Quería ganar el monte.

Y en manada, como lobos carniceros, salieron tras el "Cholerón", al que iban arrojando cientos de piedras. La alucinante cacería se prolongó más de un kilómetro. Y comenzó a saltar las cercas de los huertos el perseguido. Un reguero de sangre guiaba a los perseguidores. Para alumbrarse llevaban las mujeres aparatos de acetileno. Al saltar una tapia, un guijarro le abrió la cabeza. Cayó de bruces, conmocionado. Los grupos se precipitaron sobre él. De aquel cuerpo no quedó más que un montón de carnes aplastadas y huesos triturados, en un charco de sangre. El linchamiento se había consumado. Huyeron las turbas dando gritos de triunfo.

—¡Ya no volverá el "lobo"! ¡Ya no robará más ovejas!

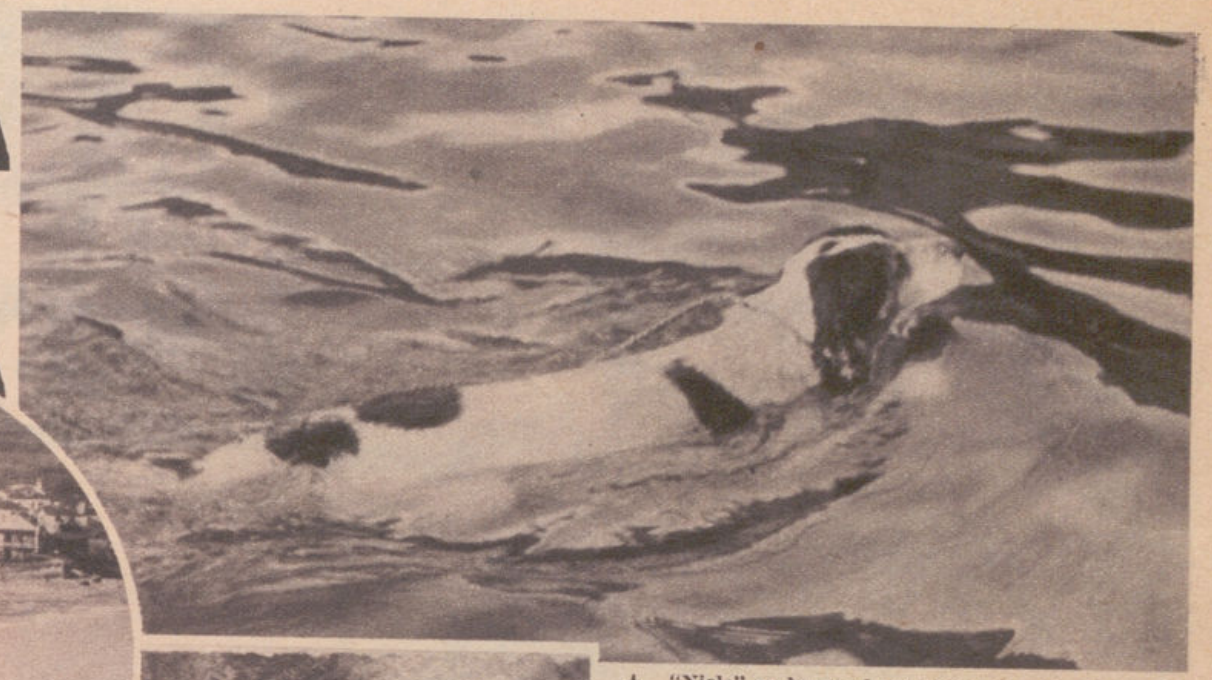
(Fotos Almazán.)

JOSÉ QUILEZ VICENTE

UNA CACERIA TRAGICA EN LA BAHIA DE LA CORUÑA

Frente a este pueblo tranquilo, Santa Cruz de Mera, el mar ha tragado a tres cazadores...

(Fotos Artus.)



"Nicle" se lanza al mar todos los días, buscando inútilmente a su dueño.

EL HERMANO PERRO

—Aquí, "Nicle"... ¡Ven aquí!..,

La llamada tiene un tono imperativo, pero el perro—un hermoso mastín blanco con manchas negras—no las escucha o no quiere oírlas... Se ha soltado de la cadena que le ataba y corre a zambullirse en el mar.

De cuando en cuando, "Nicle" aúlla lastimero. Su inteligencia le dice que aquél a quien llama no puede contestarle,

Fatigado, vuelve a tierra, se sitúa en unos arrecifes y con la mirada triste, perdida en la espuma blanca de las olas, aúlla de nuevo. No hay forma de arrancarle de aquel lugar.

—Aquí—dice uno de los marineros—es donde la ola se llevó a Garrido cuando estaba a punto de salvarse.

—"¡Pobriños!" A los tres se los tragó el maldito mar...

—Y no hay forma de dar con ellos. Llevamos rastrilleando desde el lunes, sin ningún resultado.

El hermoso perro fué en seguida a avisar a su antiguo dueño, tirándole de la americana y ladrando lastimero.

Los marineros, rastrillando, en busca de los cadáveres.

—Mirad; otra vez se ha tirado al agua "Nicle", que no cesa de llamar a su amo,

—¡Como que los animales son mejores que los hombres!

LA TRAGICA CACERIA

Ya ha tomado nombre en Santa Cruz de Mera (La Coruña), el suceso trágico y desgraciado que enlutó tres hogares de la villa, llevándose a tres muchachos, alegres, llenos de vida y de entusiasmos.

De boca a oído corre por el pueblo el calificativo "La trágica cacería", que quedará como fecha de referencia.

La organizaron el sábado 26, mientras tomaban unas copas en el ambigú del cine Capitol cinco amigos: Ventura Freire, Francisco Garrido, Cipriano Pita, Andrés Sánchez y Constante Martínez.

—¿Vamos mañana de patos? — propuso Freire.

Tres de ellos aceptaron, alborozados. Uno, Constante Martínez, se negó.

—Yo no puedo. Tengo un "choyo" particular.

—Déjate estar, hombre. Mañana es domingo y no se trabaja. Vente con nosotros... Además, necesitamos tu perro.

Pero, como si algo inexplicable le previniera contra la desgracia, no se presentó en el embarcadero.

—Son ya las siete—dijo Pita—, y ése no viene. A lo mejor es que se ha arrepentido. ¿Nos vamos?

—Esperad... Que allí viene un chico con el perro...

—De parte de Constante—dijo el zagal—, que no puede ir. Pero les deja el perro. ¡Me ha dicho que lo cuiden!

Y la lancha, con los cuatro amigos y los dos perros, entró en el agua, atravesando sin peligro los arrecifes donde van a estrellarse las olas.

De los cuatro amigos, sólo volvió a Santa Cruz, Sánchez; también se ahogó el perro de Constante.

Por esto se la llama "La cacería trágica".

AHOGADOS JUNTO A TIERRA

La pena por el trágico fin de sus amigos, el susto y los denodados esfuerzos que hubo de hacer para salvarse, han quebrantado la salud del único superviviente—en unión del "Nicle"—: Andrés Sánchez. Desde su cama nos refiere cómo terminó "la cacería trágica":

"—Pasamos la mañana cazando—nos dice—. Una de las cacerías más divertidas y fructuosas de mi vida. Satisfechos por el resultado y aprovechando el mar calmado, acordamos volver a Santa Cruz. Ya a la vista del pueblo, y al atravesar el canal de Mera, oscureció el cielo de pronto, y el mar comenzó a encresparse, anunciando tormenta. ¡Terribles momentos! El mar parecía un campo de espuma, por el que marchaba la barca a paso de borracho.

"—Remad a prisa—pidió Ventura—. A ver si podemos llegar a Santa Cruz antes de que estalle del todo la tormenta.

"Nicle" empezó a ladrar... Una ola enorme se acercaba a nosotros...

"—Atención a esa ola..."

Un golpe acertado de timón salvó el peligro; pero la misma ola, al retroceder, después de deshacerse entre los rompientes, cogió de lleno la barca y la hizo zozobrar, arrojándonos a todos al mar.

"—Sálvese el que pueda!"

Inmediatamente desaparecieron Ventura Freire, Pita y el perro de Constante... No se podía perder un momento. Garrido y yo, acompañados por el "Nicle", nadamos desesperadamente, a riesgo de que una ola nos empotrase en las piedras. Era tan duro nadar contra la corriente, que me abandonaron las fuerzas y estuve a punto de sepultarme también en el fondo.

"—¡Animo, Andrés!—dijo Garrido, que iba delante de mí—. Ya estamos en tierra..."

Los dos quedamos agarrados a la misma roca.

"—¡Auxilio!—gritamos a un tiempo.

"—Cuidado, Francisco... Otra ola..."

Nos agarramos bien a las piedras. Pero el agua tuvo más fuerza y se llevó al último de mis amigos, mientras a mí me sacaba sin sentido la mano providencial de un vecino que acudió a nuestras voces... Ya no me di cuenta de más hasta que volví en mí en esta cama.

Y MIENTRAS TANTO, EL "NICLE"...

El "Nicle", el hermoso y abnegado perro propiedad de Ventura Freire, también se había salvado. Apenas descansó un momento volvió al mar en busca de los desaparecidos, entre los que estaba su dueño. Y como no consiguiera hallar a ninguno, volvió a tierra y fué veloz a casa de su antiguo dueño: el que le había regalado a Ventura.

—¡Hola, "Nicle"! ¿Vienes a ver a los amigos?—le preguntó.

Pero el perro contestaba con ladridos tristes, saltaba al pecho del hombre, le tiraba de la americana invitándole a seguirle...

—¿Qué te pasa, "Nicle"? ¿Estás rabioso?

El hombre no comprende el lenguaje del perro y le da un puntapié al tiempo que cierra la puerta de su casa. Y el animalito insiste en sus ladridos tristes, araña la puerta...

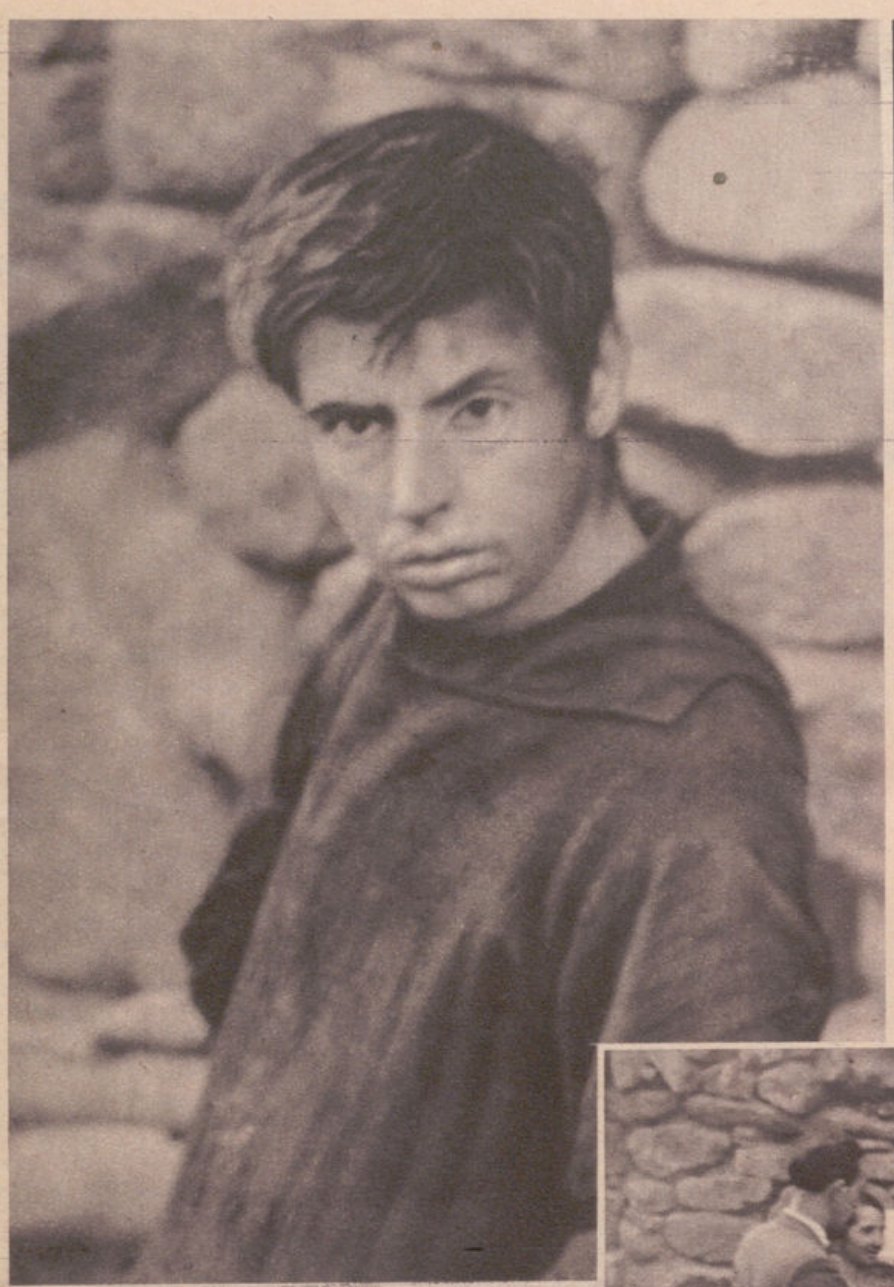
—¡Como salga!...—amenaza Ventura.

Y cuando va a cumplir su amenaza se encuentra con el providencial salvador de Sánchez, que llega al pueblo con la fatal noticia.

Inmediatamente comenzaron a actuar las lanchas y los rastrillos para buscar los cadáveres. Los marineros no consiguieron nada... Y avisaron al buzo; pero la fuerte corriente impide el descenso al fondo.

Y mientras tanto, "Nicle", el perro bueno y abnegado, se lanza al mar todos los días a la espera de su dueño, que nunca llegará.

FEDERICO FELIU



EN NAVACEPEDA UNA MUJER ESTÁ DESDE HACE

"¡OTRA COMO "LA" MONICA!"

EL suceso—historia, al fin y al cabo—se repite. Hace unos días publicaba LA LINTERNA el reportaje de una pobre muchacha de Santa Cruz de Tenerife a quien sus familiares encerraron en un cepo porque perdió la razón. El tema vuelve a asomar a nuestras páginas: en un pueblecito de Avila hay una muchacha que lleva veinte años encadenada y sujeta a una argolla, de donde no la sueltan más que en los breves ratos en que cesa el ataque y hay un poco de tranquilidad en el cerebro deshecho de la pobre mujer.

La locura de las dos mujeres, la de Canarias y la de Avila, tienen, al parecer, un motivo idéntico: el amor.

Fué la casualidad, en forma de matrimonio humilde, quien nos puso sobre la pista de este nuevo caso.

Ella.—¿Has visto esto que dice LA LINTERNA?

El.—¿El qué?

—Lo de esa chica que se volvió loca porque una bruja le quitó el novio y, en vez de curarla, su abuela la ató a un cepo para que no rompiera los cacharros de la casa...

—Eso no es "na"... En mi pueblo hay una chica, que le dicen "la" Mónica, que lleva veinte años atada con una cadena a la puerta de un parador...

—¿También por culpa de una bruja?

—No... A ésta dicen que si fué que si vino con un hombre que abusó de ella cuando volvía del río...

Yo no los conozco. Pero me ingenio para llamar su atención y le digo a él:

—¿Qué tal, señor Juan?

Atónito, el buen hombre me mira extrañado.

—Pero ¿no es usted el señor Juan, de Sepúlveda?

—No, señor. Yo me llamo Miguel, y soy de Navacepeda de Tormes..

—Perdone. Me he confundido.

LA BELLA ESTANCIA DE ALMANZOR

Por la carretera del Parador de Gredos llegamos a Navacepeda de Tormes, en la provincia de Avila.

El pueblo está a sesenta kilómetros de la capital, en el fondo de un barranco. Desde lejos, parece mísero, con casucas de tierra, edificadas a capricho.

Caballero en un burro, viene en dirección contraria un campesino viejo.

—Diga, amigo...

—No puedo detenerme—dice desconfiado.

—Un momento... ¿Qué pueblo es éste?

—"Navacepea".

—¿Sabe usted si vive "la" Mónica, aquella mujer que estuvo encadenada a la puerta de un parador?

—Vive, señor. Ahora está en el pueblo, desde que quitaron la venta al tío Paco, su padre.

—¿Dónde está el parador?

—Ahí lo tienen, delante de las narices. ¿Son ciegos?

Mientras volvemos la cabeza para ver el parador, el campesino viejo arrea su cabalgadura... No quiere hablar con nosotros.

La cara de "la" Mónica es una visión de pesadilla: negra, con la cabeza rapada y una enorme cicatriz en el ojo izquierdo...

Y nos deja frente a La Bella Estancia del Almanzor, que nada más que así se denomina la posada a cuya puerta estuvo encadenada "la" Mónica durante muchos años.

La Bella Estancia del Almanzor está situada en el mismo borde de la carretera que conduce al parador que en Gredos tiene establecido el Patronato Nacional de Turismo.

Muchos turistas, con una curiosidad morbosa, se detuvieron en la posada únicamente por ver de cerca a la loca. Y la desgracia de "la" Mónica fué una atracción cruel, pero productiva.

—¿Ve usted estas argollas que hay en la pared? Pues tan pronto servían para atar las caballerías como para sujetar la cadena de "la" Mónica.

UN CUADRO DE ESPANTO

Y entramos en el pueblo, ante la curiosidad de los vecinos.

—¿Dónde vive el tío Paco?

Nadie nos contesta. Recelosos, astutos, se miran unos a otros...

—Yo les acompañaré—ofrece una moza decidida.

Y mientras nos alejamos con nuestra guía espontánea, el grupo que nos recibió comenta en voz alta:

—Estos señoritos se creen que nos van a engañar porque somos de pueblo. A quien vienen a ver es a "la" Mónica. Van a tener suerte, porque hoy está tranquila. Si llegan a venir ayer...

—Esa es la casa del tío Paco...

Pero no vemos la casa... La emoción y el espanto concentran nuestras miradas en la monstruosa figura de una mujer sujeta a la pared de la corraliza con una cadena de hierro.

Es imposible definir el cuadro. "La" Mónica parece escapada de un aguafuerte de Goya. Negra, con la cabeza rapada y una enorme cicatriz en el ojo izquierdo, del que pende un colgajo de carne. Su traje, de percal negro, raído, desgarrado, deja asomar pedazos de su cuerpo. Las medias caen sobre los zapatones.

De vez en vez salen de su garganta unos sonidos punzantes que estremecen. Sus movimientos, de fiera, están limitados por la cadena que la sujeta a la pared. Hay momentos en que su cara inexpresiva y llena de arañazos, evidencia un enorme esfuerzo, como si quisiera librarse de la cadena que arrastra por el suelo.

Queremos acercarnos. Pero, enfurecida, el espec-

Nuestro colaborador habla con las gentes del pueblo, que "ya sabían ellos que venía tras de esto".

Al padre de "la" Mónica le duele verla siempre con esa cadena; pero no puede hacer otra cosa. "¡No tengo posibles, señor!"

DE AVILA ENCADENADA 20 AÑOS

Atada a la puerta de una corraliza, "la" Mónica tiene a veces actitudes de mono, y da agudos chillidos.

tro humano de "la" Mónica se lanza sobre nosotros. Los brazos extendidos, las manos agarrotadas y abierta la boca, enorme y desdentada, por la que salen unos gritos de bestia en celo... Afortunadamente, la cadena le impide llegar a nuestro lado. Por sus labios chorrea una baba viscosa y blancuzca. Se golpea contra la pared, sin cesar en los gritos.

"¡ESTATE QUIETA, MONICA!"

Una hermana de la pobre loca intenta calmarla con algunas caricias, que la desdichada recibe con nuevos gritos, carcajadas histéricas y aspavientos de mono.

Le acaricia la cabeza.

—Pobre hermanita... Estate quieta... Estos señores son muy buenos, y no te harán daño, ¿verdad?

Asentimos con un gesto, porque no podemos hablar.

—¿Lo ves? Estate quieta...—le dice con suavidad.

—¿Qué tal estás hoy, Felisa?—le pregunta una comadre.

—Mal. Parecía un poco tranquila; pero estos señores la han soliviantado.

Véanla hablando con nuestro colaborador y paseándola con otras chicas del pueblo.

Su hermana Felisa es la única persona capaz de calmarla con sus caricias. Vea →

Nos apartamos de allí y hablamos con Felisa Martín, hermana de la encadenada. No quiere decir nada de su hermana.

—Mi padre viene en "seguía"—nos dice—. Fué a sacar unas patatas junto al río.

—¿Por qué le llamáis "la" Mónica...?

—Es su nombre. Se llama Mónica Martín; pero todos la llamamos así: "la" Mónica.

Han ido aglomerándose junto a nosotros mujeres y hombres. Sólo la loca permanece aislada, rumiando gritos incoherentes, con la cadena en la cintura y sujeta con un fuerte candado a la puerta de la corraliza.

¿QUIEN ES EL CULPABLE DE LA LOCURA DE LA MONICA?

—¿Siempre estuvo enferma esta muchacha?—pregunto a una vieja.

—No, señor.

—¿Cuánto hace que está loca?

—Pues... verá usted... Ella debe tener ahora treinta y cuatro años. Así es que lleva atada lo menos veinte. Yo la conozco desde que nació. Era muy amiga de su madre, que en paz descanse. De pequeña, "la" Mónica no era así. Pero algo debió pasarle para volverse loca. ¿No le parece? La gente habla mucho. Yo no lo puedo asegurar, porque no lo he visto. Pero dicen...

Y, en voz baja, me dice al oído algo horrible, monstruoso...

—¿Nadie supo quién era el mozo?

—Mire, señor. Esto no se lo diga usted a nadi. pero desde entonces le dan esos ataques, y no puede ver un hombre junto a ella.

Esta mujer, con sus palabras, insinúa más que dice. Lo verdaderamente espantoso es que en la historia de la "encadenada" flota un hecho tan vandálico, que pudiera ser la causa de su actual desgracia.

"LA ATAMOS PARA QUE NO SE ESCAPE", Y LLEVA ASI VEINTE AÑOS

Se llama Paco Martín. Es un hombre bajito, fuerte, curtida la piel por la brisa serrana. Nos habla de su hija con pena y cariño.

—A mí me duele verla siempre con esa cadena que yo mismo le pongo—nos dice—; pero no puedo

Esta vieja, que la conoce desde que nació, nos cuenta los posibles orígenes de su locura.

hacer otra cosa. Ella queda sola en casa, y así no puede escaparse.

—¿Antes estaban ustedes en el parador La Bella Estancia?

—Sí, señor. Tuve que dejarlo. Un día supo el gobernador lo de mi hija y me ordenó quitarla de allí, y nos vinimos a vivir al pueblo. Ahí está, hasta que Dios quiera, atada a esa cadena. Ella no lo nota; pero a mí me duele verla, hace veinte años, con esos hierros a la cintura.

Cada quince días le dan trece o catorce ataques furiosos.

Hacemos las últimas fotos. Al quitar la cadena, "la" Mónica manifiesta su alegría con expresiones salvajes. Le dan un pedazo de pan y lo come con voracidad.

Al despedirnos del padre, le hacemos una pregunta delicada. Se contrae su rostro y contesta rápido, violento:

—¡Mentira, mentira; hubiera matado al que se hubiera atrevido!

(Fotos Mayoral, hijo.) E. I. HERNANDEZ

EN MALAGA MUERE UNA MUJER Y LA HERMANA DENUNCIA AL MARIDO

LO QUE CUENTA LA MADRE

CASI imposibilitada, la señora Pepa Pacheco pone reparos a nuestras preguntas:

—No me haga "usté hablá"; estoy "traspasaíta" por la pena y la injusticia.

Pero ante nuestra insistencia acaba por romper. Quizá lo está deseando para desahogarse de su dolor.

—Ya que tanto me lo pide—dice la anciana—, voy a contarle todo lo que yo sé de este triste asunto. Se me ha "calumniao", se me han dicho las cosas más feroces. Todo porque di cobijo en mi casa al chaval. Porque le puse plato y cama. ¿Iba a no hacerlo yo?

La emoción se agudiza en esta pobre vieja, y, ya entre sollozos, continúa su relato:

—Hace de esto muchos años. Esa "desgraciá", la pobre Rosa, estaba sirviendo. Mi hijo era un mozo "alocao" y sin oficio. Mi marido y yo teníamos un negocio de cacharros y cal allá por la Plaza de Toros Vieja. Una noche, a la hora de cenar, Alfonso nos habló:

"—Tengo que pedirles a "ustés" un consejo. Ustedes son buenos y no me abandonarán en este trance."

Y con toda la vehemencia de su juventud, Alfonso Morales contó a los viejos su noviazgo con Rosa Monfrino, la mujer que se le había entregado en cuerpo y alma.

—No tienes por qué apurarte—replicaron—. Esa niña que va a nacer tendrá padre y madre como Dios manda.

Así fué. Una mañana, la alegría del matrimonio entró por las puertas de la casa. Hubo boda. El sacerdote fué al mismo hogar y allí los casó para que Rosa pudiese cumplir ante los hombres

Encarnación Monfrino, la hermana denunciante, cuenta la vida de Rosa a nuestro enviado especial.

y ante la vida, reparando lo que el amor impulsó.

—Y les dejamos el "trajín"—sigue la abuela—para que pudieran vivir sin apuro, para que lo que naciera no pasara hambre.

El negocio que sus padres entregaron a Alfonso no duró mucho tiempo. O no lo entendían o existía, a no dudar, una mala administración. Y aquello se vino abajo.

CON LA DISTANCIA, LOS CELOS

Había que hacer frente a las necesidades de todos los días. Al nacimiento de la primera hija—Pepa—sucedió el de dos niñas más, Rosa y Ana, que vinieron a complicar la situación económica del matrimonio. Por otra parte, la mayor, con tanta privación, había enfermado. Tenía una tosecilla que no se le quitaba. La anemia comenzaba a asomar con su medroso aspecto.

—Tienes que buscar algo, "mario". ¡Esto no es vida! Mira cómo están las niñas, desnutridas, sin tener qué ponerse.

Y como la realidad apretaba, aceptó lo primero que encontró: una colocación de tratante de pescados.

—Ya vamos a estar un poco más tranquilos. Mañana me voy a Guadix. Tendrás todas las semanas el jornal "pa" que "na" te falte. Yo me llevo a la niña a ver si cambiando de aire se nos pone mejor.

Y al pueblo granadino marchó Alfonso, donde puso casa, y pudo mandar el dinero semanal prometido a su mujer.

Pero no faltó la murmuración insana. En la ausencia llegó hasta oídos del marido el rumor del desvío de su mujer. No había pruebas, nada concreto. No existía más que el runrún del vecindario.

Fueron varios los avisos anónimos que el hombre recibió en Guadix.

Aquello no podía continuar de tal modo. Alfonso regresó a Málaga con ánimo de comprobar lo que se le decía. En la capital, en verdad, no pudo aclarar nada. No había pruebas de ninguna clase. Espió, anduvo muchas tardes y muchas noches de vigilancia sin resultado alguno. ¿Por qué le avisaban que estuviese prevenido? ¿Quién era el enemigo que así quería perturbar la paz de un hogar?

—No sé a qué vienen esas dudas y esos temores—dijo Rosa—. Pregunta a quien quieras, infórmate donde te dé la gana; yo no te he "faltao" ni con el pensamiento...

Y el marido regresó a Guadix aparentemente convencido, pero llevando consigo la terrible duda:

"¿Será verdad? ¿Por qué me dirán lo que me dicen?"

OTRA VEZ LA MISERIA

A pesar de todos sus buenos propósitos no pudo permanecer mucho tiempo fuera: le consumían los celos.

"Yo dejo esto. Ahí, en el Perchel, viviremos como sea."

Llegó a Málaga con su hijita, que no había mejorado de la dolencia pulmonar que padecía... Otra vez el calvario de la falta de trabajo. Nuevamente los disgustos que proporciona la carencia de recursos.

—Así no podéis estar—les dijo la abuela—. Si vosotros queréis, yo me llevaré a la niña y será una carga menos. En casa, aun a costa de sacrificios, no le faltarán alimentos y se pondrá buena.

Se convino así. Pepa fué separada de sus padres para marchar con su abuela y sus tías a la casa número 5 de los Callejones del barrio del Perchel. Alfonso encontró colocación en un saladero que posee su hermano Andrés.

Duró poco allí. Agotado todo, la tragedia era cada vez más angustiosa en

Rosa Monfrino era una guapa muchacha, feliz al principio con su matrimonio. Arriba, la casa en que vivían cuando, según cuenta su hermana, disparó el marido sobre la mujer.

la humilde habitación de la calle de Balmes. Y un día fué una mesa, otro una silla, más tarde ropas y mantas... Poco a poco fué pignorándose cuanto de valor tenían. En el hogar no quedó más que una cama vieja, un colchón apenas sin lanas y una alacena con chucherías sin valor. Nada. Miseria. Hambre. Y sobre todo ello, el constante espectro de los celos.

—Ayer llegó "la" Rosa a casa más tarde de las diez—comentaba el marido con su madre—. ¡Me tiene loco!

Y en el hogar de la abuela quitaban siempre importancia a estas dudas que le atormentaban.

—Yo no puedo vivir con estos pensamientos negros, madre; me tengo que "separá" de ella.

—Piénsalo bien, Alfonso—le contestaba—. Mira lo que haces, no hagas caso de lo que digan las gentes. Ese paso que quieres "da" es "mu" serio; tienes tres hijas.

Pero Alfonso no se convencía.

—No sé lo que va a ser de mí—continuaba—. ¡Esto que sufro no se "pue aguantá" ya!

EN MEDIO DE LA DISCUSION, UN DISPARO

Entre una algarabía de chiquillos llegamos a la calle de Barragán, donde vive la hermana de Rosa Monfrino. Esta mujer nos hace un relato completamente distinto al anterior. Para Encarnación, la culpa es del marido.

—Le digo a "usté" que la "pobresita" Rosa ha muerto a consecuencia de los disgustos que le ha dado él. No la dejaba vivir. Tenía celos de ella, unos celos sin justificación. ¿"Usté" cree que una mujer mala no tenga ni una camisa que ponerse? Pues ésta es la verdad. Ni camisa, ni una bata siquiera, ni una perrilla "pa" dar de comer a las niñas. Aquí tiene "usté" a esta nena, la segunda hija del matrimonio. Conmigo vive. Yo le he "tenío" que "comprá" ropillas, "calzaos"... ¡En cueritos me la trajo!

Hace dos meses—nos cuenta Encarnación Monfrino—, Alfonso y mi hermana tuvieron un disgusto horrible. Esta nena—y nos señala a la hija—le "pue" a "usté" contar lo sucedido. Fué al mediodía. Como siempre, mi cuñado llegó a casa de mal humor y la emprendió con su pobrecita mujer. Volvieron a relucir los celos.

"—Pero no seas loco, Alfonso. ¿Cuántas veces te voy a decir que "to" eso es mentira?

"—Pues a mí me han dicho que el "Fideito" ha "comentao"...

"—¡Calumnias "toas"! ¡Malos quereres!"

En la discusión sonó un disparo—confirma Encarnación—, que afortunadamente no hizo blanco en Rosa.

—Desde entonces—continúa—la pobre enfermó a consecuencia de la enorme impresión que le produjo. ¡Enloqueció de espanto! Alfonso abandonó a mi hermana. No quiso saber nada de ella. Y marchó a casa de su madre con la niña pequeña.

"—Aquí estamos—le dijo—"pa" que "usté" nos dé una miaja de pan y una cama.

La abuela Pepa no pudo reprimir su instinto y dió cobijo al único varón que tenía y a su nietecilla.

—¿Cómo se enteró usted de ese disparo?—pregunto a Encarnación Monfrino.

—Porque al ruido—nos dice—acudieron las vecinas.

"—No ha "sio na"—les contó mi pobre hermana—. Una bombilla que se ha roto."

Desde aquel día, el marido de Rosa no apareció más por su domicilio. Con frecuencia acudía la mujer a casa de su hermana para pedir dinero o comida.

—¿La iba a dejar que se muriese de hambre?—cuenta Encarnación—. Venía contándonos siempre calamidades, pero de una manera rara... Empezaba una conversación y no la terminaba. Decía las cosas más absurdas. "Mi hermana tiene cosas de loca", pensaba yo.

Hace unos días, mi hermana empeoró. Tenía fiebre, unos dolores insoportables de cabeza... Como pude, la llevé al Hospital.

No duró mucho. A fuerza de inyecciones vivió tres días.

"—Cuida de mis hijas—me pidió en la agonía—. No tienen más amparo que tú. Ya ves, Alfonso ni ha venido a verme."

Y murió en mis brazos. "Pobrita". Aún tuvo fuerzas para sonreír.

—¿Y en esos días no le dijo a usted nada del disparo?

—Sí. Cuando la llevé al Hospital, mi hermana me contó el disgusto que hubo entre los dos y el disparo que le hizo su marido.

"—¿Por qué no me lo dijiste antes?—le pregunté.

"—¿Para qué, si a pesar de todo le quiero?"

Rosa contó a su hermana dónde estaba escondido el revólver:

"—En un vasar y envuelto en un periódico lo ha "dejao"."

Cuando murió me fuí a ver a su marido.

"—Ya está muerta y hay que enterrarla.

"—A mí no me digas "na"—me contestó Alfonso.

Ante aquella respuesta me marché horrorizada de su "lao". Como pude reuní treinta duros. Con ellos he "pagao" la sepultura. Y entonces me fuí a la Justicia. El ya está en la cárcel. Es lo único que yo he podido hacer. Pero a mi hermana, ¿quién le devuelve la vida?

(Fotos Molina.)

MIGUEL LUCENA

¿UNA MUCHACHA SECUESTRADA EN LERIDA?

RACHA DE SECUESTROS

Y la tercera muchacha secuestrada ha aparecido en Bellpuig (Lérida). También es joven y también su secuestro tiene motivos lo más lejanos posible a un propósito criminal. Como la de Candelaria, como la de Navacepeda, esta muchachita catalana fué encerrada por su familia porque en el manicomio se negaron a admitirla pretextando "que tenía bienes".

Los vecinos de Bellpuig, inquietos ahora por la intervención de las autoridades en un hecho que todos conocían, comentan en las calles:

—"La" Pilar "fa" un "any trancada" (encerrada).

—Nosotros vimos cómo los albañiles hacían la obra.

Yo quiero saber. Interrogo:

—¿Tiene la culpa la familia?

—¡Quia! No, señor... Tanto "la" Ramona, hermana de la loca, como Tonet, el cuñado, son personas de bien.

—Entonces, ¿por qué han hecho eso?

—Es que son pobres, y como les costaba cinco pesetas diarias tenerla en San Boi (San Baudilio del Llobregat) y ellos no tienen posibles, pues consultaron con el alcalde y le hicieron una habitación a propósito para que no molestase a nadie.

—¿Y quién lo ha denunciado?

—Cosas de la política de los pueblos. Somos muy malos. Pero también la "llei" es mala para los pobres.

—¿Tenía carácter violento esta muchacha?

—Cuando le daba el ataque, sí. Una vez tiró una sartén de aceite hirviendo a su hermana...

—En otra ocasión la quitaron a empujones de la vía cuando le faltaba al tren cien metros para alcanzarla...

—Además, que otro día "la" Pilar estuvo a punto de matar a Pepito, el hijo de Tonet...

EL ESPECTRO DE MARIA MOLINS

La muchacha estaba encerrada en la Cal Espolleta, una casa de regular aspecto, situada en el número 40 de la calle de Angel Guimerá.

Hasta la calle llega el hedor insoportable que sale de la habitación de la loca. El mismo hedor nos conduce a ella... Una puerta de madera doble y otra enrejada (a la que se ha dado más fuerza con unos alambres que ahora aparecen cortados) defienden la entrada a la "celda". En la pared, un ventanuco por el que le daban la comida: huevos crudos. Los chillidos histéricos de la loca no llegaban al exterior porque el suelo de la habitación es una plancha de corcho y los tabiques, dobles, están rellenos de serrín... La habitación es oscura, sucia, maloliente... ¿Cómo ha podido resistir esta pobre mujer el año de encierro?

Porque Pilar Molins vive... Al fondo de la estancia, sobre una cama de madera, está el cuerpo esquelético de la loca, del que han desaparecido todas las características vitales. Tiene los ojos apagados, los labios exangües, y sobre la cabeza enmarañada aparece una pasta gelatinosa de color amarillo que se mezcla con los cabellos.

—¿Qué tiene en la cabeza?—preguntamos.

—Huevos crudos... Era el alimento que prefería... Pero en los momentos de desvarío se los estrellaba contra la cabeza y la cara...

Por el suelo hay cientos de cáscaras y restos de huevos podridos junto a un pequeño "water" utilizado por la loca.

—¡Pilar!—la llama su hermana.

No se mueve. Impasible ve acercarse al médico. Impasible soporta el pinchazo de una inyección de morfina. Y sin un gesto, sin una palabra, deja que la conduzcan a la ambulancia que ha de llevarla a Lérida.

¿Es una mujer? No. Es un espectro. El espectro de María Molins, una joven de veintiséis años que enloqueció hace más de ocho...

EL EXODO DE UNA ENFERMA

Hay entre los que presenciamos la triste escena una mujer, guapa todavía, a cuyos ojos fluyen las lágrimas sin cesar.

—¡Pobre hermana mía!—dice—. ¡Ocho años de enfermedad! ¡Cuánto sufrimiento!...

—¿Por qué la tenían ustedes encerrada?

—Yo se lo explicaré—me dice Tonet, marido de Ramona Molins.

—¡Pobre hermana mía! ¡Siempre íbamos juntas!

—¿Me dejas que hable o lo cuentas tú?... Pilar era la más pequeña de las tres hermanas, huér-

Al sacar a Pilar del encierro, donde se ha pasado un año, tenía un aire inexpresivo que no la hizo cambiar ni la luz ni la gente que presenciaba la escena. →

Tonet, el cuñado, es una persona de bien, según cuentan en Bellpuig, que se vió obligado a encerrarla.
(Fotos Farrán.)

fanas. Siempre juntas, siempre alegres, eran muy queridas en el pueblo. Al casarnos nosotros, una de ellas se fué a vivir a Beliares y Pilar vino a nuestra casa. Nunca había estado enferma. Pero al hacerse mujer se cambió totalmente su carácter. De buena y alegre se convirtió en violenta y agresiva. Odiaba a mi mujer. Pegaba a mis hijos. Cuando pasaba la crisis, Pilar, anegada en lágrimas, nos pedía perdón:

"—Estoy loca; no sé lo que me ha pasado para volverme así."

—¿La visitó algún médico?

—Interinamente estuvo recluída en la Casa de Misericordia de Lérida, de donde pasó a un sanatorio de Barcelona mientras solicitábamos el auxilio de la Beneficencia. Treinta duros nos costaba cada mes.

—¿Qué les contestó la Beneficencia?

—Al cabo de mucho tiempo, cuando ya habíamos gastado más de mil pesetas, nos dijeron que el expediente había sido fallado en contra porque Pilar es propietaria de unas tierras de escaso valor cuya contribución pagábamos nosotros. Y entonces se nos presentó un problema terrible: si continuaba mi cuñada en la casa de salud nos arruinaríamos, porque yo soy un obrero que trabaja a jornal... Hablamos con los parientes y acordamos traer a Pilar a Bellpuig. Consultamos el caso al alcalde del pueblo, que nos dijo:

"—Si no podéis pagar la pensión, antes de que la echen a la calle, traerla aquí... Pero tened buen cuidado de que no haga daño a nadie. La responsabilidad será para vosotros."

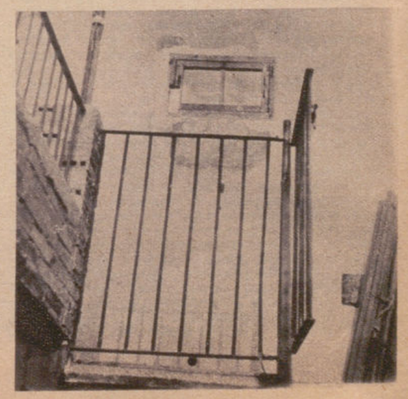
Y así se hizo. Con las indicaciones que nos dieron construimos la habitación que usted ha visto, y en ella llevaba Pilar un año. Hemos gastado en la obra mil quinientas pesetas de la dote de Pilar, que son dos mil quinientas...

La enferma está ya debidamente atendida en Lérida, cuyas autoridades gestionan ahora su ingreso en un manicomio.

Repetimos que Tonet, el cuñado, es considerado en el pueblo de Bellpuig como un hombre honrado y trabajador. Pero por sí en su intervención en este caso hubiese alguna culpabilidad, el juez ha ordenado sea detenido en unión de don Ramón Tudela, el ex alcalde.

Y en tanto actúa el juez, a nosotros nos corresponde callar...

F. FONTANALS



Por ese ventanillo del cuarto en que estaba Pilar recluída le pasaban la comida. →

VIDAS DE FOLLETIN

A pesar de las cábalas que se hacen y de las preguntas que llegan a nuestra redacción, no podemos descubrir la personalidad de nuestro colaborador, que nuevamente aparece aquí, retratado bajo el antifaz.

DE PARISIANA A SANTA RITA

ANTONIO Terán es la nueva figura que presento al conocimiento de los lectores. Naturalmente, no es éste su verdadero nombre, pero su familia, conocidísima en Madrid, y absolutamente ajena a sus aventuras, no debe ver su apellido mezclado a tales avatares.

Nacido en esta capital al empezar el siglo, recibe esmeradísima educación, especializándose en idiomas, que le servirán más tarde en sus múltiples aventuras. Coincide el principio de su juventud con los esplendores del Madrid de la postguerra, Parisiana, "hall" del Palace, Turo Park, etc., son los sitios que frecuenta Terán, en cuyas salas de juego es sobradamente conocido, pues la fortuna, mujer al fin, prendada de su buen aspecto, su cabellera morena, su distinción y su juventud, se le entrega fácilmente, lo que hace que la vida de nuestro protagonista sea un incesante torbellino y no se componga más que de deleites, bailes, vinos, juegos, mujeres y toda clase de drogas heroicas que Europa nos enviaba como consecuencia de la horrible tragedia que en sus campos se desarrollaba. Todo esto alucinó al ingenuo madrileño, que llegó a tener por el colmo de la elegancia emborracharse con cocaína, que fácilmente se adquiría por aquellos tiempos.

A todo esto, los estudios iban quedando abandonados y la familia, que esperaba verle convertido en un flamante embajador de España, tomó cartas en el asunto, dando lugar a los primeros disgustos y amenazándole con recluirle en el correccional de Santa Rita si no cambiaba de vida en plazo breve.

Esto le hace pensar en abandonar Madrid y decide jugar más fuerte para poder emprender el viaje, pero la ruleta no quiere favorecerle esta vez y pierde todo el dinero que tiene. Vuelve a su casa, convierte en dinero unas bandejas de oro, que la ruleta vuelve a llevarse, y cuando después de dos días de febril inquietud retorna al hogar paterno, se encuentra con la desagradable noticia de su reclusión. Aquella misma mañana sale con su padre camino de Carabanchel donde el correccional de Santa Rita

Antonio Terán, según una vieja fotografía, en la que aparece en el Parque del Retiro, cuando todavía era ló que se llama un hijo de familia.

le abre sus rígidos brazos. ¡Adiós, libertad! ¡Adiós, amigos y placeres! ¡Adiós, vida alegre y voluptuosa!

DOS BUENOS "GOLPES"

Con motivo de la fastuosa boda de una hermana, la madre consigue el fin del castigo, y Terán retorna contrito, al parecer.

Gran fiesta en su casa para la exposición de regalos y trajes. Por aquellos salones desfila todo el Madrid elegante, realmente admirado, pues tiene a su vista una verdadera fortuna, que de la noche a la mañana se evapora entre las manos de Antonio, quien carga con todas las joyas y huye antes de que puedan denunciarle, acompañado de una amiga bellísima y de los miles de duros que le produce el golpe. La familia, aunque asombrada y llena de contrariedad, pretende disimular, temerosa de la campanada que tal escándalo daría.

París es el sitio donde planta sus reales. En forma suntuosa se instala en la rue Feydan, pero no consigue olvidar su fechoría, que cometió impulsado por la amiga, y sufre tremendas crisis nerviosas. Con este motivo, vuelve a los tóxicos, que consiguen calmarle. Al despertar un día de uno de estos desfallecimientos, sufre un nuevo golpe con la dolorosa sorpresa de verse abandonado por su amiga, que ha huído llevándose incluso el dinero que le quedaba en el bolsillo.

Terán, que ingenuamente había confiado en ella, experimenta el más vivo dolor, pensando hasta en el suicidio, pero reacciona vivamente y decide vivir. ¿Vivir? ¿Cómo? El destino le ha lanzado a una senda y la recorrerá...

Había conocido en la clínica de un famoso doctor al propietario de ésta, hombre joven, de gran prestigio e inmensa fortuna, que en diferentes ocasiones le había dado pruebas de su amistad, invitándole a estudiar la carrera de Medicina, en la que le aseguraba grandes éxitos, dada su inteligencia. Nuestro Antonio, que había tenido la precaución de ocultarle a todo el mundo su verdadero nombre, telefoneó en seguida al eminente doctor, el cual se presentó rápidamente, proveyendo a Antonio de cuantos medicamentos y medios le fueron necesarios para su restablecimiento.

Días más tarde, y yendo con su amigo a una de las mejores joyerías de París a comprar un regalo, se le ocurrió el medio de rehacer su fortuna, a costa de un golpe audaz que llevó a cabo de la siguiente forma.

Fingió haber recibido noticias de su madre encargándole viera algunas joyas para regalar a una hermana; ella personalmente iría a París dentro de muy pocos días para hacer la compra en firme. Tras darle esta noticia, Terán rogó a su amigo que, como más entendido en alhajas, le acompañara, lo que éste hizo de buen grado, recorriendo durante varios días los mejores establecimientos, con lo que nuestro hombre consiguió, en sucesivas visitas, ser conocido como amigo del doctor en dos o tres joyerías.

Cuando calculó que era el momento propicio, tomó un criado, al que dió orden de que en determinada habitación no entrara a no ser llamado, pues su madre se encontraba allí muy delicada y bajo ningún pretexto debía molestarla. Fué al joyero que le pareció más confiado; le rogó que mandara a un dependiente con las joyas que ya previamente había separado en días anteriores, pues su madre había llegado a París, pero no podía ir personalmente, por encontrarse impedida, a consecuencia de un accidente sufrido en el automóvil en que hizo el viaje.

Una vez en su casa, se metió en la habitación donde decía estar su madre, dejando al dependiente en el "hall" y saltando por una ventana interior, salió a la calle con el precioso paquete. Inmediatamente tomó el tren para Bruselas, donde se desprendió de gran parte de lo robado y marchó a los pocos días con rumbo a Buenos Aires.

Terán, el hombre que no podía ser honrado

A DOS PASOS DE SER HONRADO

Allí le vemos nuevamente dedicado a una vida principesca, con la que en poco tiempo disipó sus "ganancias" parisinas y tuvo que buscarse una manera de vivir. No le fué difícil encontrar un puesto como intérprete del Plaza Hotel, que no duró mucho, pues sus aficiones no le permitían pasar mucho tiempo en una ocupación honrada. Hace amistad con un empleado del Banco Español del Río de la Plata, joven también de buena familia, pero algo calavera, y le induce a que cometa una falsificación en una cuenta corriente que se hace abrir a su nombre. Un buen día desaparecen los dos con cincuenta mil pesos argentinos.

Más tarde, se le ve solo en Santiago de Chile, donde consigue enamorar a una rica heredera, que le hace entrega, días antes de la boda, de una fuerte cantidad, con la que Antonio Terán emprende nuevo viaje a Montevideo, donde llega dispuesto a trabajar en un negocio que le permita volver a España y ser perdonado de sus familiares.

Al efecto se instala en un magnífico establecimiento, situado en el Paseo del 25 de Julio, con relojes y alhajas, su gran pasión, y vive durante un año con buenos beneficios, hasta que en un viaje que hace a Río de Janeiro se encuentra con dos amigos que, llevándole a una sala de juego, le hacen olvidar sus buenos propósitos y perder en pocas horas una fuerte cantidad.

Vuelve a Montevideo con sus amigos. Allí, bien conocido como prestigioso comerciante, le es fácil obtener elevados créditos de compañeros y de Bancos, levantando el vuelo con lo mejor de su tienda antes de que los muchos perjudicados puedan darse cuenta. Terán y sus dos amigos marchan hacia Europa, pero al tocar en Casablanca, la bella ciudad marroquí, les atrae con su vicio fácil, y deciden desembarcar allí y vivir su vida de crápula incesante, que culmina en un formidable escándalo en el "cabaret" Le Perroquet. La Policía francesa los expulsa del territorio, y los tres amigos toman el camino de Tánger, que con su pretendido internacionalismo era la meca de la depravación.

UN ENCUENTRO CON PAPAELLO, ANTES DE QUE ESTE FUERA CONOCIDO

Una vez allí, se instalan confortablemente en el Minza Palace, donde encuentran a una figura que más tarde se hará tristemente célebre en España: es Ferdinando Papaello, acompañado de su amiga María Ricci.

En Río de Janeiro vivió Terán horas inolvidables con sus amigos. He aquí la estancia donde se alojaron una temporada y la plaza Floriano, escenario de su florecimiento.

Los dos amigos con quienes Terán se alistó en el Tercio, en su huída de Tánger.

Los mismos, acompañados de Terán, durante un descanso en Daar Riffien. →

(Fotos Barnús, Almazán y archivo.)

"Dios los cría y ellos se juntan", dice un adagio popular, y una vez más se cumple la voz del pueblo.

Intiman con Papaello, y juntos juegan el dinero en el célebre "cabaret" Villa Harris. Papaello gana y se va de Tánger; Terán pierde hasta la última peseta, y con él, sus amigos.

Dos semanas de cuentas elevadísimas en el hotel y facturas pendientes en varios establecimientos, les obligan a un remedio heroico. Terán y sus amigos deciden salir de excursión y marchan a Daar Riffien para alistarse en el Tercio Extranjero, donde la inteligencia y la simpatía de los tres amigos pronto les hacer ser queridos de sus oficiales, no obstante la relación de algunas de sus fechorías que labios desconocidos han hecho llegar al campamento. Pero la vida de trabajos no es para Antonio Terán, que una noche desaparece de Riffien, solo, sin avisar a sus compañeros, escribiendo a éstos desde Madrid, donde su noble madre, madre al fin, perdona al hijo pródigo que, al cabo de los años, vuelve solo, enfermo y... ¿arrepentido?

Consiguen sus hermanos buscarle un empleo, y lo desempeña a la perfección durante una larga temporada. Pero todo esto dura hasta que hace amistad con una tanguista y emprenden un viaje a Italia, abandonándolo todo.

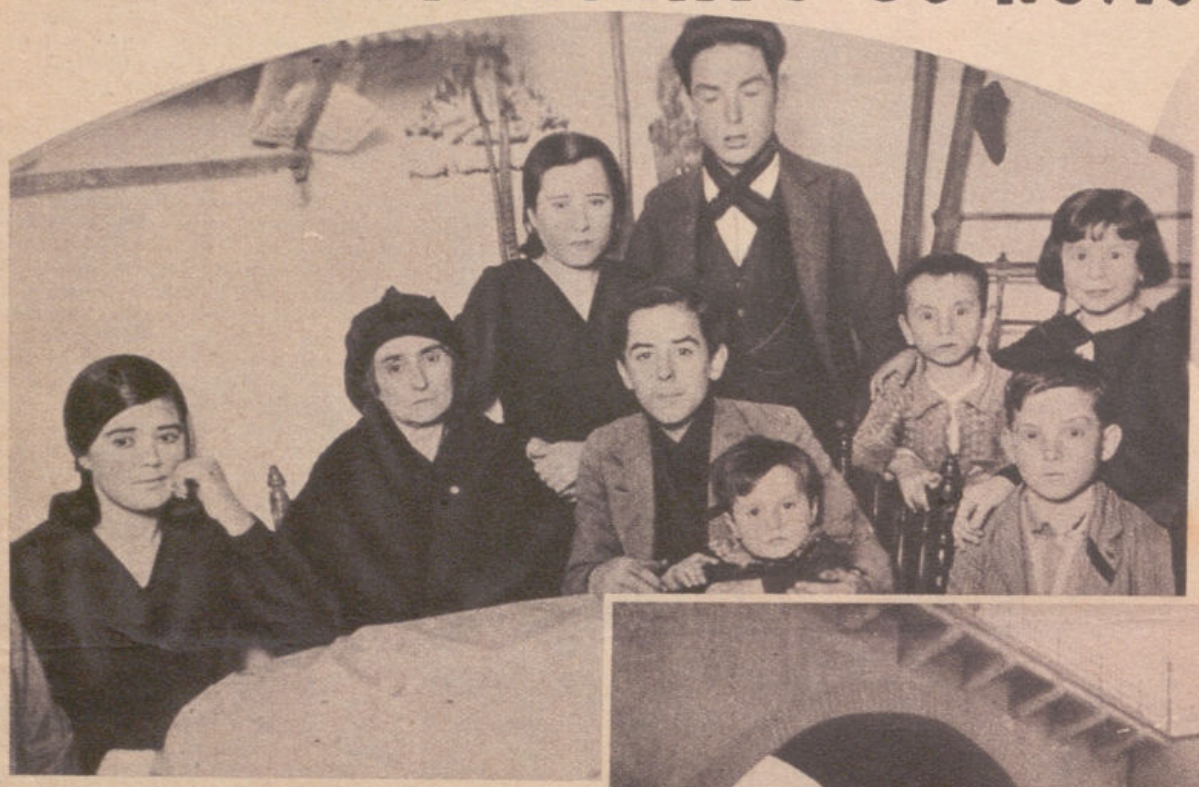
Se instalan en Venecia, en la Vía Médicis, donde la belleza de su amiga atrae a su casa a jóvenes de buena sociedad, y la habilidad de Antonio hace que pierdan fuertes sumas en el "bridge" y "póker", de lo que su amiga es hábil cómplice. Pero cierta noche en que uno de sus invitados se duerme al embriagarse, le despoja de cuanto tiene y, abandonando a su amiga, embarca para España. Ya en Barcelona, acaba uniéndose a delincuentes profesionales, y se ve a poco envuelto en un proceso, el primero de su vida, que le cuesta un año de prisión. Desde aquí la suerte le abandona: vuelve a caer en una escandalosa causa, de la que le salva la amplia amnistía dada al advenimiento de la República, pero se ve imposibilitado de actuar en España, donde es sobradamente conocido por la Policía.

Marcha a Estoril, y allí parece que la suerte le sonríe de nuevo, mas su felicidad es breve, pues una noche le sorprenden en el casino "levantando un muerto", y es expulsado.

Se refugia en Oporto, y una mañana en que la camarera entra con el desayuno ve con terror que el joven que distribuía tristes sonrisas entre la servidumbre femenina del hotel, yace frío sobre la cama, teniendo entre las manos una jeringuilla...

EMILIO BARNUS

UNA MUCHACHA DE BADAJOZ QUIERE SUICIDARSE PORQUE HA MUERTO SU NOVIO



← Esta es la muchacha que ha querido suicidarse por haber muerto su novio.

Isabel Sánchez ha entrado a formar parte de la familia de su novio, "como una hija más", según ← dice la madre.

"¡VOY A DAR EL ULTIMO BESO A MI "CHACHA"!"

En una hora quedó el camión listo para emprender viaje. Máximo Mirón, el mozo, trabajó denodado para que le quedaran unos minutos libres que pensaba "aprovechar bien".

—Ya está listo.

—Pues sube al "baquet"—le dijo el chofer—. Cuantas menos horas estemos de noche en la carretera, mejor.

—No seas tan súbito, hombre. Aún nos faltan veinte minutos para la hora de salida.

—¿Tomamos mientras un vasito?

—No; bébete tú los dos... Yo pago... Voy a aprovechar este ratito para dar el último beso a mi "chacha"...

—Oye...

—¿Qué quieres? No seas "pesao", hombre.

—Quería decirte que eso del último beso está mal. Se dice el penúltimo.

Y Máximo, a todo correr, fué en busca de su novia. Badajoz era pequeño para él.

—¡Isabel!...—llamó.

Y la "chacha"—una guapísima joven de veinte años—acudió al reclamo del galán.

—¿Pero aún no habéis salido?

—Me ofendes, chiquilla. ¿Podía yo marcharme sin darte el último beso?

—Ya me lo diste anoche.

—Pero era anoche. ¿Y el de hoy?

El zaguán de la casa donde Isabel prestaba servicios como criada, fué, una vez más, testigo de tiernas escenas de amor y escuchó promesas renovadas cada día.

—Dentro de un mes nos casamos.

—Sí... Porque... Yo no voy a poder disimular más... Gracias a que mis señores son muy buenos y nos dejan hablar aquí. Pero... No quiero decirte lo que ya sabes... Podemos evitar el qué dirán de las gentes... Lo que hablen cuando estemos casados no nos importa.

—No te preocupes, chiquilla. ¿Quieres que te lo jure otra vez?

LA MUERTE DE MAXIMO

Bastante más de los veinte minutos que tenía de margen tardó Máximo en regresar al punto donde le esperaba el camión en que había de hacer un porte a Madrid.

—Por tu culpa vamos a salir retrasados...

Radiante de felicidad y de alegría, replicó Máximo:

—Comprende que era muy importante lo que tenía que hacer... Ahora lo ganamos en el camino... Pisas un poco el acelerador...

—¿Y si nos estrellamos?

—Con lo buen chofer que eres tú...

Y el camión cruzó veloz las calles de la capital, y aún aceleró más la marcha en la carretera.

—No podemos correr más, chico—decía el chofer.

Y de pronto, al llegar a Trujillo, el golpetazo.

El coche derrapó al tomar una curva, y volcó en la carretera con tanta desgracia, que una de las cajas de mercancías fué a caer sobre el cuerpo de Máximo, dejándolo malherido. El chofer, que resultó ileso, pidió socorro, y en otro coche se llevaron al herido a prestarle los primeros auxilios, que resultaron inútiles. ¡Había muerto!

Desde ese castillete del puente de Palmas, de Badajoz, y cuando más gente transitaba por él, Isabel se arrojó al Guadiana.

(Fotos Pesini.)

Casi simultáneamente llegaron a Badajoz dos amigos, notificando la desgracia. A la familia de Máximo le dijeron la verdad. A la pobre Isabel la contaron que su novio había tenido un accidente de importancia.

La muchacha fué a casa de la madre de su novio a saber más noticias. En vano intentaron de calmarla.

—No te apures, mujer... A lo mejor tiene menos importancia de lo que te han dicho.

—No; me dice el corazón que ya no le veré más.

Y al entrar en casa de la que pronto iba a ser su familia, el cuadro que presenció vino a confirmar sus presentimientos. La madre de Máximo vino a su encuentro, llorosa, apesadumbrada, y, juntando sus lágrimas a las de Isabel, la dijo:

—¡Ya no le veremos más, hija mía! Tú te has quedado sin marido, y yo no tengo hijo...

"PRONTO ME IRE CON EL"

Para la pobre muchacha, huérfana, enamorada y con el fruto de sus amores en las entrañas, la muerte del novio fué un mazazo que arribó todas las ilusiones que se forjaron en momentos de amor. Lloraba constantemente, enmudeció casi por completo, sufría ataques de nervios.

—Ya no consigues nada, mujer...

—Hay que sobreponerse a la desgracia—decían para consolarla los dueños de la casa.

—Pronto me iré con él. No puedo vivir así.

Estas son las únicas palabras que ha repetido durante cuatro días.

En la casa tomaron toda clase de precauciones para evitar que la muchacha se envenenase. Fué inútil. La muchacha, con esa obstinación de los suicidas, había tomado ya una decisión inquebrantable. Y el lunes pasado, a la una de la tarde, después de terminar los quehaceres de la casa, marchó a la calle. Al salir se quitó el delantal, y arrollándolo cuidadosamente lo dejó en el zaguán, en el mismo sitio donde tantas veces hablara de amor con su novio...

Vaciló un momento en la puerta. Pero, en seguida comenzó a andar rápidamente en dirección al Puente de las Palmas, a la misma entrada de Badajoz.

Con paso firme llegó hasta la mitad del puente, se limpió las lágrimas que rodaban por su cara, y repitió mecánicamente:

—Pronto me iré con él.

Y encaramándose sobre la barandilla, se lanzó al Guadiana.

¡SALVADA!

El ruido del cuerpo al caer y las voces de los transeúntes que desde el puente habían presenciado la escena llamaron la atención de un pescador, que remó, desesperado, en auxilio de Isabel.

He aquí el pescador que acudió en su auxilio, y tuvo que luchar con ella para salvarla.

La poca profundidad del río en aquella parte—tres metros, aproximadamente—permitió que se encontrara pronto a la suicida.

—Mucho trabajo me costó sacarla del agua—cuenta el pescador—. La mujer se agarró a la lancha, y estuvo en punto de tirarnos a todos. Daba unos empujones fuertísimos. Conseguí sujetarla las manos. Pero entonces me mordió.

"—Déjeme—decía—. ¿Para qué quiero vivir si no le tengo a él? Dejadme morir... ¿Y mi hijo?"

Pudo ser llevada a la orilla con unas pequeñas lesiones que se produjo al dar contra las piedras del lecho del Guadiana. Al arrojarse al agua se puso las manos en la cabeza, y a esta inconsciente precaución debe Isabel la vida. De haber caído de otra forma se hubiera dejado los sesos en las piedras del río...

En la Casa de Socorro sufrió cinco ataques de nervios seguidos. Al volver de cada uno de ellos repetía como un autómata:

—Pronto me iré con él. No puedo vivir así. ¿Por qué no han dejado que me muriera? No es culpa mía, Máximo...

La madre del novio es la única que consigue calmarla. Ha prometido llevarla a su casa.

—Vente conmigo. Serás otra hija... ¡Y las dos juntas le lloraremos siempre!...

A. V.

Una matrícula de honor en el penal de CHINCHILLA

Unos cubos de piedra, fríos y renegridos, forman la puerta de fortaleza que da entrada al penal de Chinchilla.

Sobre el caserío de Chinchilla, recorta el Penal su hosca silueta.

(Fotos. M. Ródenas.)

"¡VOY A EXAMINARME!"

SUBIÓ al tren en Chinchilla, escoltado por una pareja. Daba pena verle. Con los ojos desorbitados y secos los labios, que humedecía a cada momento, se removía constantemente entre sus guardianes, a quienes, seguros del muchacho, no parecía preocupar la idea de que se les fugase el preso.

Es joven—apenas rebasará los veinte años—, de frente ancha y ojos despiertos. Su traje es extraño: una americana de dril y un pantalón obscuro, de ese tejido inconfundible, que sólo sirve para confeccionar uniformes de presidiario.

—¿Saldré bien? ¿Ustedes creen que saldré bien? —inquiría a cada momento.

—Hay que tener ánimo, muchacho—le animaban—. Tú te harás un hombre de provecho para cuando cumplas.

Intervengo en la conversación:

—¿Van ustedes de juicio?

—No. Vamos a acompañar a este mozo al Instituto de Albacete, y traerle otra vez a Chinchilla.

—¿Es estudiante?

—Ha empezado en el Penal.

—Y ¿qué estudia?

Ellos no saben contestarme. El preso les pide permiso con la mirada, y habla:

—Voy a examinarme del primer año de bachillerato. En abril me dieron sobresaliente en el preparatorio...

—¿Qué eras antes de ingresar en el Penal?

—Albañil... Pero las paredes de la celda me han hecho reflexionar mucho. Cuando salga, quiero olvidar todo lo pasado, hasta el oficio que me sirvió para ganar las primeras pesetas.

—Y ¿por qué estás en el presidio?

—Lo siento mucho—nos interrumpen—. Pero ya hemos sido demasiado tolerantes. Si quiere usted hablar con éste, pida permiso al director.

"¡VIVA EL PENAL!"

El Penal de Chinchilla, situado en la cresta del Monte Aragón, domina todo el pueblo. Desde la línea del ferrocarril se divisa la mole ingente y gris del castillo que sirvió de encierro a César Borgia y que las gestiones de un diputado que quiso halagar al distrito—el señor Chicheri—ha convertido en un Penal, hoy abarrotado de presos, políticos en su mayoría, entre los que figura el señor González Peña.

En Chinchilla estuvieron también los marineros del "Numancia", y los campesinos de Logroño, y los monárquicos del 10 de agosto y los sindicalistas de 1933.

Los esfuerzos inauditos de los oficiales de Prisiones que cuidan los servicios del Penal se estrellan ante la falta de condiciones... ¡Hace un frío horrible! Si en la estación, en la ladera del monte, se dan temperaturas bajas en el rigor del verano, ¿qué temperatura tendrá el Penal, aislado en la cumbre? No se hielan las cañerías del agua... porque no hay tales cañerías. Porque no hay agua.

—De la boca nos la quitamos para que el Penal tenga agua—dicen a los forasteros los vecinos de Chinchilla—... Pero lo cierto es que ni el pueblo ni el Penal tienen agua suficiente...

—Nosotros no podemos hacer más...

—Pero la falta de agua es un problema pavoroso.

—Anda..., pues si usted viera el viento que hace en cuanto llega septiembre. Tira a los hombres. Los vigilantes han tenido que subir a gatas muchas veces...

—Y ¿por qué lo conservan?

—Por necesidad...

—¿...?

—Sí. Las cosas de la política. Desde que el diputado consiguió que se estableciera aquí la prisión, varias veces han intentado suprimirla; pero siempre la gente se amotina, y una vez se llegó a gritar: "¡Viva el Penal!"

Situado en la cuesta del Monte Aragón, el Penal domina el pueblo.

—Es terrible.

—La miseria, señor... Aquí tenemos tanto corazón como donde más. Pero el Estado gasta mucho dinero en sostener el Penal, y de ese dinero, una parte se queda en el pueblo...

EL ALBAÑIL QUE QUIERE HACERSE BACHILLER

Dos cubos de piedra, coronados por sendas plataformas circulares, forman un estrecho callejón, a cuyo fondo está la puerta del Penal, con su mirilla y sus cerrojos...

Al poco rato estamos frente al muchacho que iba a examinarse a Albacete.

—¿Buenas notas?—le preguntamos.

Y con un legítimo orgullo, nos contesta:

—Matrícula de honor. Los profesores han sido muy buenos conmigo.

—¿Cómo te llamas?

—Joaquín Bosch Puyol...

—¿Llevas mucho tiempo en el Penal?

—Cerca de dos años... No he cometido ningún delito... Me hicieron rebelde las privaciones y las largas temporadas sin trabajo, y sin darme cuenta exacta de lo que hacía, me "eché a la calle" con otros hombres en diciembre de 1933. Me condenaron, y aquí estoy cumpliendo condena.

—¿Qué oficio tienes?

—Yo era albañil en mi pueblo, Alcampel, de Huesca, pero siempre aspiré a otra cosa. Yo notaba dentro de mí algo que me impulsaba a saber más. Leía cuanto caía en mis manos; pero el ambiente del pueblo limitaba mis ansias de saber.

—¿Qué quieres ser ahora?

—Por lo pronto, bachiller. Después, a lo que pueda llegar... Cuando ingresé en el presidio me di cuenta de la tragedia que me rodeaba. Yo no quiero ser un "ex presidiario". Al salir de aquí espero ganarme la vida. Y me preparo estudiando.

—Pero eso cuesta dinero.

—Es verdad...—dice con pena—. Y yo no tengo un céntimo. Si no fuera por lo que me ayudan y me estimulan todos los inspectores del Penal, ya habría fracasado. También me han ofrecido ayuda los profesores de Albacete que me examinaron. Diga usted que se lo agradezco a todos mucho... Tal vez algún día pueda corresponderles.

* * *

Entre los muros grises del Penal de Chinchilla, azotado por todos los vientos y todos los fríos, queda este aspirante a bachiller, que ha sabido sobreponerse a la tristeza que da el uniforme de presidiario.

No quiere ser carne de presidio; para él no se acabarán el mundo y las ambiciones. Tras los muros de la prisión sueña en ser bachiller, y después, "a lo que pueda llegar".

No tiene dinero y necesita textos y matrículas...

Pero tiene ilusión... Aspira a ser otro hombre...

Y lo conseguirá, porque es inteligente y merece todas las ayudas que se le presten.

F. T.

TRAGEDIA DE AMOR EN UN

No es el crimen pasional suceso corriente en Vasconia. Los vascos saben, en general, amar con ternura, con mucha ternura, pero no con pasión.

Casi es desconocida en las montañas de este país la pasión amorosa que nubla la vista y la razón.

Por estas circunstancias es doblemente destacable la tragedia de amor desarrollada en las inmediaciones del pueblecito de Martutene, cercano a San Sebastián, la mañana del pasado 29 de octubre.

LOS PROTAGONISTAS

Los protagonistas del suceso que tanto conmovió a los sencillos vecinos de Martutene son dos jóvenes nacidos en este mismo rincón "euskérico".

José María Sarriegui y Erausquin, de veinticinco años, hijo de Salvador y de Josefa Juana, y Asunción Asteasuinzarra y Zaldúa, de diez y nueve, hija de Carlos y Rosa.

Los padres de aquél viven; Rosa Zaldúa perdió a su compañero hace tres meses y medio, a consecuencia de una operación que le fué practicada en una clínica de San Sebastián.

José María vivía con sus padres y sus hermanos, José Ramón, Francisco, Juanita y Josefa y su cuñado Crispín Otaola, en el caserío Irasmune Goya, sito en un alto perteneciente a la demarcación de Alza. Otro hermano, José Manuel, no vive con ellos.

Asunción vivía con su madre y sus hermanos, Ignacio, Agustín y Juan, en el caserío Mateo Molino, del barrio Sarrueta, del mismo pueblecito de Martutene. Tiene otra hermana casada, que vive en la Argentina.

UNA "NESKA" QUE NO QUIERE CASARSE

Hará unos tres años, Asunción, casi una niña todavía, comenzó a aceptar las asiduidades y preferencias de José María.

No tardaron las familias en informarse del comienzo de aquellas relaciones y nadie opuso a ellas ningún reparo. Era demasiado pronto.

La vieja Vicenta cuenta a nuestro colaborador la tragedia que presenció en este lugar dos horas antes.

Tampoco tardó Asunción en darse cuenta del carácter autoritario, receloso y reconcentrado de su novio.

Este, algún tiempo después, propuso a la muchacha una fórmula de boda:

—Ya sabes, "neska"; en Irasmune Goya no hay mujer joven y...

—Ya pensaré...

—Dile a los padres...

—Ya diré, pues...

Pero como Rosa y Carlos conocían por su hija el temperamento sombrío e intransigente de José María decidieron aconsejarla:

—Muy joven eres "entoavía"...

De añadidura, en Irasmune Goya no había mujer joven, pero los servicios de Asunción en Mateo Molino eran asimismo utilísimos.

Así quedaron las cosas. Contenidos los impulsos matrimoniales de José María. Despejado, de momento, el horizonte.

Quizá llegara Asunción a pensar:

—A ver si con el tiempo cambia el chico de carácter...

Pero tenía el novio muy arraigado su pensamiento y volvió a plantear los proyectos de boda a la muchacha. La primera negativa, lejos de atenuar las violencias del carácter del joven Sarriegui, las acentuó. Por días se hacía más sombrío, más agrio, más contundente...

Bajo este peral, en el que todavía quedan huellas, se mató de un segundo tiro el mozo Joshe Mari.

Esta fotografía de Ashun fué tomada en la romería de Lezo este mismo año. →

El caserío Mateo Molino, donde vivía Asunción con su madre y sus hermanos.

"TE TENGO MIEDO, PERO NO CARIÑO"

En los no muy frecuentes encuentros de Asunción y José María, llegó a ser como un "ritornello" el tema del casamiento:

—Pero ¿cuándo, mujer?...

—Más adelante...

Y como la actitud, muchas veces destemplada y descompuesta del muchacho, llegara a amedrentar a su novia, ésta, al final de cada entrevista, estaba más y más persuadida de que las cosas no podían seguir por aquel camino porque desembocarían en un completo desacierto que, una vez realizado, no tendría remedio.

Ella comunicaba sus cuitas a los padres. Y éstos, naturalmente, se afianzaban cada vez más en que la boda no era posible. Asunción sería muy desgraciada con aquel hombre.

—Es que soy "entoavía" muy joven—le repetía ella al fogoso mozo.

Y lo de la juventud de la "neska" fué lo que se agarró al corazón de José María como un pulpo...

El "cashero" regresaba a su domicilio masculando reflexiones:

—"Ashun" no me quiere como antes... Y yo no puedo vivir sin ella.

Es el caso que aquellas relaciones terminaron por enfriarse, sobre todo al aparecer la verdad auténtica de aquel tira y afloja en los labios de la muchacha:

—Te tengo miedo, Joshe Mari, pero no cariño... —le dijo un día ingenuamente, como final.

JOSHE MARI RONDA EL CASERIO

El lector quiere conocer físicamente a los personajes de esta tragedia, de fijo.

Ella: alta, rubia, peinado alto, guapa, baja de color.

El: de regular estatura, mirada dura, robusto, coloradote.

CASERIO DE SAN SEBASTIAN

Asunción, que el 13—¿número fatal?—de marzo pasado cumplió diez y nueve años, había nacido en el mismo caserío de Mateo Molino.

Era una "neska" muy dispuesta para las labores de la casa: una auténtica "echekoandre". Por las tardes, desde hacía unos meses, solía trasladarse al próximo pueblo de Ergobia, donde estaba aprendiendo a coser.

Ashun tenía miedo. Un miedo insuperable a su novio. Sus padres ya advirtieron esta desazón. Su palidez se había acentuado. En su blando lecho de virgen vasca se sobresaltaba con horribles pesadillas, durante el sueño, antaño sereno y apacible como el paisaje que contemplaban sus ojos.

A lo que se deduce, había surgido la ruptura formal. Asunción se sinceró a medias con una íntima amiga, María Elicegui:

—Joshe Mari me ha dicho que me va a matar de aquí a cuarenta y ocho horas...

El caso era que por los alrededores del caserío Mateo Molino solía verse casi a diario a José María, con el gesto más adusto aún que de ordinario, los ojos saltones, y con una escopeta al hombro, cosa que no extrañó mucho porque era muy aficionado a la caza.

Quizá no le faltara a la hermosa muchacha otro "gizón" que la defendiera de las bravatas de su antiguo novio...

Asunción llegó con tan poca vida al caserío, que sólo duró unos instantes.

EL CRIMEN CONTADO POR UNA MUJER QUE LO VIO

Junto a Mateo Molino, pegando con él, existe otro caserío denominado Mateo a secas. En Mateo vive, con un hijo y tres hijas, Vicenta Latasa, de cincuenta y siete años, nacida en la villa de Rentería, pero residente en Martutene toda la vida.

Esta mujer—de estatura regular, arrugada, parda, delgada, desenvuelta—fué la única persona que presenció el crimen.

Escuchémosla:

—¡Qué rato pasé! ¡Yo también me vi morir! Salí, como todos los días, con mi carro aquella mañana, camino del mercado de San Sebastián. Mi caballito había andado como doscientos metros, cuando encontré parado en el camino el carro de Asunción, que también solía ir todas las mañanas al mercado. En el carro estaba ella y abajo él, José María. ¡Cómo me extrañó aquella escena! El "mutil" tenía su escopeta de caza sobre el hombro. Discutían... Al llegar junto a ellos, advertí a la muchacha:

"—Vamos, mujer! A ver si acabáis de hablar, que se nos va a hacer tarde... Ya hablaréis luego..."

No me contestaron; él me miró de un modo que me asustó. Repetí mi advertencia varias veces, y sucedió lo mismo. Ellos seguían hablando:

"—Ahora son cuarenta y ocho horas; di, pues" —decía él.

Y la pobre Ashun negaba insistentemente:

"—No, no, no..."

De pronto, tras uno de aquellos "no", el joven se echó el arma al brazo y encañonó a la muchacha que estaba sentada en su carro, disparándole un escopetazo horrible. Ashun, bañada en la sangre que le salía a borbotones por la parte derecha del pecho, se inclinó hacia atrás, con los brazos en alto. José María disparó otra vez. La "neska" se desplomó sobre el vehículo. Yo estaba asustadísima. Gritaba, increpaba al muchacho... Este volvió a cargar la escopeta y me eché a temblar. Soliviantado, sin duda, por mis advertencias, por mis gritos... ¡iba a matarme!

En su huída, José María perdió la boina y una alpargata, que muestran unos mozos a nuestro colaborador. ⟹

(Fotos Carte.)

Mi última hora había llegado. Me agazapé debajo de mi carro y empecé a rezar con los ojos cerrados... Volví a abrirlos y..., ¡horror!..., José María había vuelto el arma contra sí, por debajo del mentón, y disparaba... Sangraba de la cara... Rápidamente abandonó el camino, saltó monte arriba, y desapareció... En su huída, a pocos pasos del lugar del crimen. perdió la boina y una de las alpargatas que calzaba... Al ruido de las detonaciones, se presentó

mi hijo Bautista... Yo estaba muda de espanto. Mi hijo, al ver a Asunción caída en el carro, subió a éste y castigando al caballo, partió veloz, camino del caserío...

LA ENTEREZA DEL MATADOR

A campo traviesa, sangrando, José María Sarriegui cubrió la distancia que separa el lugar del suceso de su caserío—lo menos diez minutos de camino, cuesta arriba—y llegó a Irasmune Goya. Entró en la casa rápido, con la escopeta al hombro y con una mano en el cuello...

Su propio padre nos refiere, en vascuence:

—Ni me miró siquiera. Yo creí que traía atado al cuello un pañuelo encarnado...

Subió a su cuarto y volvió a salir con la escopeta. Había ido a buscar nuevos cartuchos. Ya nadie volvió a verle más con vida. Al poco rato los parientes de José María sintieron un disparo. Nadie se dió por aludido. Y como media hora después, uno de los hermanos, el llamado José Ramón, vió bajo un peral de un predio vecino un cuerpo humano y sintió curiosidad por averiguar de qué se trataba, se acercó y su dolor fué infinito. José María, no pudiendo sobrevivir a su crimen, se había disparado otro cartucho por debajo de la barbilla. En las ramas del peral había pingajos de masa gris y sangre. En el suelo, en un charco enorme, yacía su pobre hermano...

LUIS UREÑA

Joshe Mari era un mozo fornido, lleno de vida.

Su padre y hermanos en el caserío Irasmune Goya.

EN UN PUEBLO DE ZAMORA, LAS GENTES HAN LINCHADO AL LADRON DE UNA OVEJA

(Vea interesante información en las páginas interiores.)

(Foto Almazán.)